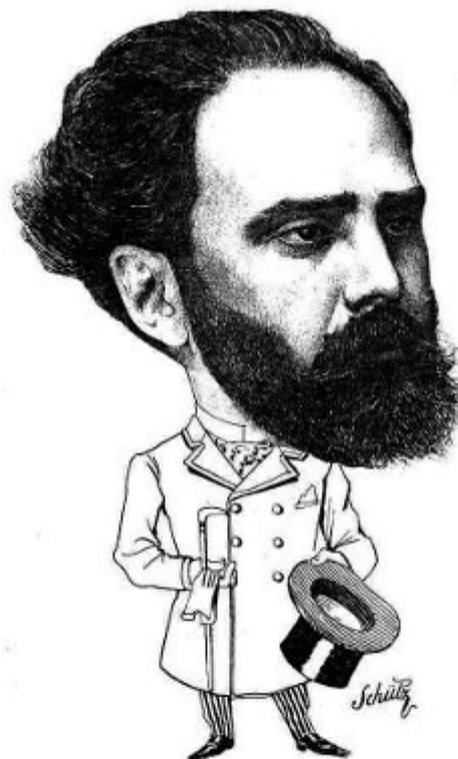


SOCIEDAD

Los hermanos Ramírez Álvarez

Por Tomás de Mattos.

nov 21, 2015 5000



Conquistóse, cuando era periodista,
buen nombre de escritor y polemista;
como hombre diplomático, ha sabido
hacerse distinguido,
y como diputado, ya ha llegado
à ser un distinguido diputado.
¡Hasta en el ajedrez, caros lectores,
le distinguen los buenos jugadores!

Fueron seis hermanos varones: José Pedro (1836-1913), Julio (1840-1884), Juan Augusto (1842-1895), Octavio (1844-1888), Gonzalo (1846-1911) y Carlos María (1848-1898). Los dos menores nacieron en São Gonzalo, Rio Grande do Sul, durante el exilio de sus padres a consecuencia de la Guerra Grande.

Sus padres, Juan Pedro Ramírez Carrasco y Consolación Álvarez y Obes, pertenecían a dos linajudas familias montevidéanas. Por línea paterna,

descendían del acaudalado saladerista José Ramírez Pérez y por línea materna eran nietos, nada menos, que del jurista y constituyente Julián Álvarez, integrante, durante el gobierno de don Frutos, del célebre y no muy querido grupo de los “Cinco Hermanos”. Por el lado de su madre, estaban también emparentados con influyentes personajes de la época, como los Herrera y los Ellauri.

De los seis hermanos, cuatro tuvieron destacada actuación política (José Pedro, Carlos María, Octavio y Gonzalo); tres fueron catedráticos universitarios (José Pedro, Carlos María y Gonzalo) y dos (José Pedro y Gonzalo) llegaron a ser rectores de la Universidad de la República. Fueron protagonistas prominentes de la vida cotidiana montevideana y participaron en la primera línea del quehacer político e intelectual y de las relaciones meramente sociales.

El mayor, José Pedro, cuyo nombre lleva la principal prueba de nuestra hípica, fue un muy consultado abogado –entre sus principales clientes, cabe mencionar al Banco Comercial– y un periodista de fuste. El más leído columnista de El Siglo.

Opositor al golpe de Lorenzo Latorre, conoció el destierro. Después, fue legislador y ministro de Estado. El gobierno de turno llegó a confiarle una gestión de mediación ante Aparicio Saravia.

La revista Caras y Caretas, en su ejemplar N° 4, del 10 de agosto de 1890, publicó una magnífica caricatura, firmada por Charles Schütz, con la siguiente leyenda al pie: “Levanta verdugones cuando la pluma moja,/ Por ser muy generoso, no vive en la riqueza./ El Código lo tiene metido en la cabeza,/ Pronuncia un buen discurso de lo que se le antoja./ Es jefe de partido, sportman de una pieza,/ y amigo inseparable de los cigarros de hoja”.

Fue miembro fundador del Ateneo de Montevideo, donde dictó clases de Derecho Constitucional. Ejerció el rectorado de la Universidad de la República de 1882 a 1884. También fundó el Jockey Club, del que fue nombrado vicepresidente en su primera Comisión Directiva. Luego lo presidió desde 1909 hasta su muerte, en 1913. Sorprende que el Parlamento, en una muy agitada sesión, le haya negado las honras fúnebres.

Diez años menor que José Pedro, Gonzalo lo precedió en el rectorado de la Universidad de la República por casi otros diez años, porque lo fue en 1873 y 1874. La asignatura que enseñó fue Derecho Penal (1871-1877), pero su carrera diplomática incidió para que colaborara decisivamente en el estudio del Derecho Internacional. Así, en 1889, organizó el primer Congreso Sudamericano de esa rama del Derecho.

Sobre todo en sus años mozos, Gonzalo tuvo una activa militancia política, junto a Carlos María, su hermano menor. Fue desterrado –junto a él– por el gobierno de Pedro Varela, y lucharon ambos por la gestación del Partido Constitucional, trabando relación con Elías Regules, Martín C. Martínez y Eduardo Acevedo. Pero luego se abocó a una carrera diplomática y fue ministro plenipotenciario de Uruguay ante Argentina en tres períodos.

Gonzalo fue también fundador del Ateneo de Montevideo. Casado con una sobrina de Melchor Pacheco y Obes, Irene Chain, dejó tres hijos: Juan Andrés, José Pedro y Gonzalo. Murió, a los 64 años, el 9 de enero de 1911.

Siendo el menor, y habiendo vivido apenas medio siglo, Carlos María (6 de abril 1848-19 de setiembre de 1898) ha sido acaso el hermano de trayectoria más descollante o, por lo menos, polifacética. Como José Pedro, le correspondió comparecer ante Charles Schütz en Caras y Caretas, y esta leyenda al pie le dedicó el célebre caricaturista: “Conquistóse, cuando era periodista,/ buen nombre de escritor y polemista;/ como hombre diplomático, ha sabido/ hacerse distinguido,/ y como diputado, ya ha llegado/ a ser un distinguido diputado,/ ¡Hasta en el ajedrez, caros lectores,/ lo distinguen los buenos jugadores!”.

El año 1868, en el que Carlos María cumplió 20, fue un momento crucial en su vida. Jovencísimo, se recibió de abogado. Se impuso, publicando en El Siglo, como uno de los articulistas más influyentes. Igual que sus hermanos Julio y Gonzalo, fue fundador el Club Universitario, futuro Ateneo de Montevideo.

Al regreso de su amigo José Pedro Varela de un largo viaje por Europa y Estados Unidos, se convirtió de inmediato en su inseparable y eficaz ladero en

la fundación y desenvolvimiento de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, siendo el otro orador convocante en el acto fundacional.

Cuando en 1870 se desató la Revolución de las Lanzas y trastabillaba en los primeros meses el gobierno de Lorenzo Batlle, al que hasta ese momento acosaba periodísticamente, se enroló en la Guardia Nacional y se le asignó la función de secretario del general José Gregorio Suárez, quien invirtió el rumbo de la guerra. De este modo, Carlos María se convirtió en testigo directo de los horrores de la campaña; por ejemplo, presenció, después de la batalla de Sauce, el degüello masivo de los revolucionarios aprisionados.

Consiguió ser licenciado y, como civil, se asignó una nueva meta a procurar junto a la de la reforma escolar: la fundación de un partido principista cuyo objetivo fuera la superación de los partidos tradicionales, a los que responsabilizaba del descontrol y los desmanes de los caudillos rurales.

Fundó un nuevo periódico, La Bandera Radical, del que editó unos 40 ejemplares. Varela, por entonces también abocado a militar por la paz, colaboró con Carlos María, pero sin asumir ninguna función directiva en el partido en formación, aunque en una réplica periodística a Julio Herrera y Obes, le manifestó que él ya no era colorado ni blanco, sino “radical”. En 1871, Carlos María pasó a ejercer como fiscal de Gobierno y Hacienda, y en 1873 le fue confiada la Legación de Uruguay ante el Imperio de Brasil.

Desde 1868, entonces, los amigos, en la medida en que se lo permitieran sus situaciones personales, colaboraron estrechamente hasta que Latorre, en 1876, apenas asumió como dictador, fundándose en la incapacidad de los partidos tradicionales, le ofreció a Varela, para que comenzara a implantar la reforma escolar, un cargo en la Junta Económico Administrativa de Montevideo que este aceptó. Ramírez, obedeciendo a sus principios democráticos, optó por no acompañarlo y fue uno de los pocos allegados que desertaron de las filas reformistas.

Se trasladó a Paysandú, donde permaneció al margen de la vida nacional, ejerciendo la abogacía y estudiando Historia.

En 1879, año de la muerte de Varela, se reconcilió con su amigo. Pronunció en Paysandú tres discursos insustituibles en defensa de la reforma, ante la embestida frontal y ciega que promoviera en la Cámara de Diputados la bancada católica, encabezada por Mariano Soler y Francisco Bauzá.

Es 1882 un año en el que se dan pasos decisivos para el establecimiento del Partido Constitucional. Se elabora su programa de gobierno, se le dota de un medio de prensa con la fundación de El Plata y se publica, para su fundamentación histórica, un muy leído ensayo: La guerra civil y los partidos políticos del Uruguay. En 1884, dentro de un período intelectualmente muy activo, Ramírez publica Artigas, con el que inscribe su nombre entre los primeros autores que reivindicaron la figura del Jefe de los Orientales. Fue ministro en el gabinete de Juan Lindolfo Cuestas y luego fue nombrado senador por el período 1893-1898.

La muerte le llegó cuando apenas había cumplido 50 años. La misma edad con la que segó la vida de Francisco Bauzá, su gran contendiente en la vida, porque se trabaron en continuas y encendidas polémicas parlamentarias o periodísticas, y también en la muerte, porque hasta hoy los estudiosos de nuestra historia discuten cuál de los dos fue el mejor orador del siglo XIX.

<http://www.carasycaretas.com.uy/los-hermanos-ramirez-alvarez/>